



## Defensa dels mèrits del doctorand a càrrec del doctor Antonio Bernat Vistarini

Es fácil llenar de contenido la estructura retórica de una *laudatio* si tiene por sujeto a un investigador centrado en una disciplina muy precisa, exacta y en la cual él haya avanzado de manera única, con algún descubrimiento tecnológico deslumbrante del que todos, más pronto o más tarde, seremos quizá beneficiarios. También facilita la tarea el que dicha disciplina ocupe un lugar central en el sistema de los saberes prestigiosos de la época. Pues bien, ninguna de estas dos cosas ha sido dada a quien ahora escribe estas líneas para hacerle un poco más cómodo el trance.

Vamos a acoger a Cesare Segre en nuestra Universidad porque es filólogo. Un filólogo excepcional, bien es cierto. Pero filólogo, a fin de cuentas. Es decir, alguien que ha dedicado y dedica su vida, intensamente, a un trabajo hoy desacreditado: la enseñanza y la investigación de unos asuntos que se engloban bajo el rótulo abarcador de Humanidades y, por tanto, unos conocimientos de bordes imprecisos e inútiles en razón directa de su propia apertura. Los burócratas y sociólogos que marcan las directrices educativas han decretado que estos contenidos no son beneficiosos ni modernos y, lo que es peor, no son rentables.

En lo cual no les falta una cierta razón, siempre y cuando aceptemos sus premisas acerca de qué se supone que es lo rentable. Saber literatura o historia antigua o moderna no es el camino más recto para encontrar el mejor empleo. Conocernos en profundidad a través de la larga serie de sustratos que nos constituyen; analizar el complejo tejido y la densidad histórica y cultural de cada una de las palabras que pronunciamos; apreciar la sutil sabiduría que se esconde bajo la disposición de un relato, bajo la invención de una forma métrica o en el rescate cuidadoso de un texto del que se había perdido la memoria, no nos ayuda a ser mejores consumidores de productos manufacturados.

Pero por fortuna quedan personas que no eligen el camino más recto, y seguramente gracias a eso llegan a lugares más interesantes. Por ejemplo, Cesare Segre, aquel joven estudiante ávido de cualquier materia que se le pusiera al alcance de la mano, supo ver pronto el hilo que enlaza todos los conocimientos. No fue una opción excluyente, como nos cuenta en su autobiografía, acercarse a la filología apartando una carrera como matemático que se vaticinaba prometedora. Fue sólo puro aprovechamiento de la mayor virtud de un humanista en ciernes: la curiosidad. Utilizo sus propias palabras: «En algún sentido, todas las personas que he conocido han sido maestros. Es nuestra curiosidad la que hace de los otros maestros; y mis curiosidades han sido siempre y todavía son inagotables». Y quiso el azar que el ilustre filólogo italiano Santorre de Benedetti, por acaso tío suyo, confiara muy pronto en él, en aquella curiosidad desbordada, como ayudante para sus pesquisas. No me resisto a evocar la estampa pintoresca del apasionado tío Santorre, tal como Cesare Segre la rememora, en su casa en medio del campo, llena de libros, gatos, perros, y hasta una gallina que acostumbraba a posarse sobre su hombro mientras él trabajaba reconcentrado en el escritorio.

Pero fue en aquellas primeras prácticas investigadoras con Santorre de Benedetti, en los años difíciles de la guerra y primera postguerra, donde Cesare Segre descubría a la vez los libros, la vocación intelectual y la crueldad de un mundo que iba a exterminar a gran parte de su familia. Introducido desde aquí, en las armas de la lingüística, especialmente la sintaxis –con el posterior impulso de otro verdadero maestro, Benvenuto Terracini–, y de la estilística, guardó para siempre, y cito de nuevo sus palabras, «una concepción de las letras que implica una conciencia de las responsabilidades individuales y colectivas en el curso de la historia».

El camino estaba marcado. El siguiente paso era adiestrarse en una disciplina en que a los italianos se les reconoce la primacía absoluta, la ecdótica, que sólo muy recientemente en España ha empezado a tomarse en serio. Y, al mismo tiempo que atendía a las letras del texto, con el propio Terracini, y luego con Gianfranco Contini, se abría también a la confrontación directa de autores como Trubetzkoy o Brondal y preparaba la vía hacia la teorización más abstracta, que iba a desembocar algo más tarde en el fecundo diálogo que mantuvo con Roman Jakobson y en la producción de una serie de textos que ayudaron enormemente a definir los límites del estructuralismo.

A partir de aquí, repasar la extensa actividad y los miles de páginas escritas por Cesare Segre será recorrer la evolución de la Filología y la Teoría de la Literatura de la segunda mitad del siglo XX. Contini lo enrola en el inmenso trabajo sobre los poetas del *Duecento*, que conseguirá llevar a cabo sin abandonar la edición del *Bestiaire d'amour*. Estas obras, junto con los *Volgarizzamenti italiani del Due e Trecento*, los *Lais* de María de Francia y, más tarde, el pozo sin fondo de la obra de Ludovico Ariosto, entre otras tareas, suponen una demostración de cuánto rigor y cuánta atención hacen falta para lograr que un texto sea plenamente legible e inteligible, y son hoy un apasionante modelo a seguir por cualquiera que se dedique a la crítica textual.

Este conjunto de publicaciones le puso además en contacto con el mundo editorial, en especial con el animadísimo ambiente turinés, vívidamente recreado en sus memorias. La proximidad a las casas editoriales de la capital del Piamonte, los contactos con investigadores no sólo italianos y la necesidad urgente de contar con un órgano donde exponer y debatir ideas condujo a la creación de algunas publicaciones de carácter periódico. La revista *Strumenti critici*, llevada adelante con Maria Corti, se convierte en un punto de referencia europeo hasta el grado de crear a su alrededor lo que dará en llamarse «Escuela de Pavía». Estamos a mediados de los años sesenta, en plena ebullición de movimientos críticos y de confrontación de grupos y modelos teóricos. Frente a la defensa acérrima de posturas y particularismos doctrinales en que se enredan, a veces de manera próxima al exceso, algunas escuelas, los *Strumenti critici* encuentran una definición a la vez modesta y ambiciosa. Su propuesta, expresada en el primer número, es la siguiente: «Instrumentos críticos son los que concurren para aproximar y comprender una obra de arte, un movimiento literario o cultural. Los 'instrumentos' deben ser continuamente rectificadas, porque la posición del crítico, el contexto en el cual él opera, la misma naturaleza de los objetos de observación van mutando sin descanso». Es decir, una actitud de ojos bien abiertos que, partiendo del estructuralismo, irá acogiendo con un insólito uso del sentido común las aportaciones más valiosas de la semiología. Estamos en los años que el propio Segre ha llamado «La edad del entusiasmo», cuando se asimilaba un conjunto de reflexiones que iban desde el estructuralismo lingüístico a la escuela de Praga, a través del formalismo ruso. Al lado del nombre de Cesare Segre están ahora en diálogo los de Sklovsky o Tomashevsky, Tynjanov, Propp, Mukarovsky, y luego Bajktin y Lotman. Y la crítica sociológica de Lukacs, Goldmann; y Adorno, y Benjamin. Y luego vendrá el *New Criticism*, la teoría de la recepción, la neo-hermenéutica... Un «maravilloso festín», dice Segre, en el que él empezó a participar de una manera que en España siempre le tendremos que agradecer: decidió aplicar su propia capacidad de síntesis y de análisis, con todas esas nuevas, brillantes y afiladas herramientas, a un texto venerado por nosotros. Así, en 1968 publicaba su *Sistema e struttura nelle «Soledades» di Antonio Machado*. Y enseguida, al año siguiente, aparece el primero de una serie de libros de lectura obligatoria en todas las universidades donde alguien se interesara por la Teoría de la Literatura: *I segni e la critica*, primer volumen italiano de crítica semiológica y de teoría literaria de base semiológica. No podemos enumerar la larga bibliografía teórica que sigue a estos títulos pero sí afirmar de todos ellos su carácter de obras de referencia en las que, ayudados por su pronta traducción al español, unas cuantas generaciones de estudiantes universitarios hemos aprendido a descifrar la riqueza y a sumirnos en la maravilla del texto literario. Quiero subrayar también que la teoría en Segre nunca ha estado desligada de la práctica. Y la práctica, desde los años de sus primeras clases en Pavía, afortunadamente se ha dirigido con especial fervor hacia nuestra literatura. El elenco de autores de su interés que escriben en las lenguas ibéricas comprende desde los anónimos del *romancero* y el Arcipreste de Hita a Ernesto Sábato, y pasa por Fernando de Rojas, Garcilaso, Cervantes, García Márquez, Camões, Pessoa, Joanot Martorell...

La obra de Cesare Segre ha ido creciendo de manera acumulativa, es decir, no cancelando nunca el aprendizaje obtenido en un campo y pasando a otro; no creando compartimentos estancos, sino utilizando todos los avances de manera solidaria. Su irrenunciable comprensión del texto como acto comunicativo le ha alejado, ciertamente, de corrientes como el deconstruccionismo más radical y le lleva a profundizar hasta hoy en una definición abierta de la literariedad que atiende a su enunciación en un preciso contexto lingüístico y en un único contexto histórico-referencial. La mejor prueba de ello es el largo y continuado trabajo, de 1971 a 1989, con la *Chanson de Roland*, cuya edición crítica final resume la utilidad de la labor ecdótica, afinada año tras año, aunada a la aguda conceptualización puramente literaria proporcionada por la teoría hasta los años noventa.

Regido por el mismo impulso hay que entender el interés hacia las nuevas posibilidades que ofrece la informática para la edición de textos y, en concreto, la colaboración en trabajos como las concordancias diacrónicas del *Orlando Furioso* que están preparando en el activo Centro de Lingüística Computacional de Pisa.

Lingüista, teórico de la literatura, editor, profesor, actividades que siempre le han llevado a estrechar el contacto con la realidad más concreta que está detrás de las palabras. Quiero poner como ejemplo reciente, y cierre, esta lúcida reflexión y defensa de la Filología Románica: «Ahora que Europa se está haciendo realidad, la disciplina que describe e historia los elementos fundadores de la misma Europa debería estar en el centro de las ciencias humanas. No podemos dar vida a una Europa solo económica, ignara de su historia. Y no podremos volver más permeables las fronteras si no somos conscientes de que ellas, culturalmente, han sido atravesadas de manera constante, en un sentido y otro, por nuestros antepasados. Como lo enseña y hace constatable la Filología Románica».

Textos, lenguas, tradiciones, libros, saberes: Filología en sus diversas formas y variantes. Maneras distintas de entender el mundo. ¿Escasamente rentable todo ello, como decía al principio? ¿Actividad marginal para el actual esquema administrativo de los conocimientos? Puede. Pero con Cesare Segre a nuestro lado, y desde ahora formando parte de nuestra comunidad universitaria, sabremos huir más velozmente de aquel irónico deseo de Gottfried Benn, que esconde una perversa relación causal: «Ser tonto y tener un buen trabajo, he ahí la felicidad». Con los libros y las palabras de Cesare Segre hemos aprendido a pensar mejor. O lo hemos intentado. Y el empeño no es del todo ocioso a la vista de la escala global de algunos retos que tenemos por delante. Profesor Segre, gracias por su ayuda.